

Arturo Almandoz*

⇒ Modernización urbanística en América Latina. Luminarias extranjeras y cambios disciplinares, 1900-1960¹

Resumen: Buscando una perspectiva comparativa de alcance continental, el artículo trata de relacionar visitas de expertos extranjeros con cambios académicos y profesionales, ocurrencia de eventos y aparición de libros que ayudaron a consolidar y desarrollar la disciplina urbanística en América Latina, entre las reformas novecentistas de la Bella Época y el apogeo del modernismo en los años 1950. Sobre la base de elementos contextuales de corte político, económico y demográfico que apuntalaron la modernización, se intenta entretejer una tal formación discursiva de cambios epistemológicos, profesionales y académicos, a lo largo de dos grandes episodios: el europeizado urbanismo academicista que predominara hasta los años 1930, y la planificación tecnicista y de corte norteamericano después de la Segunda Guerra Mundial.

Palabras clave: Urbanismo; Planificación; América Latina; Siglo xx.

Introducción

Si bien ha sido profusamente abordado en términos de expresiones literarias y artísticas, así como también propiamente arquitecturales, el estudio de la modernización urbana de entresiglos en América Latina ha sido menos revisado desde las tendencias y movimientos urbanísticos que buscaron colocar a la región en un nuevo estadio de modernidad para mediados del siglo xx. Tal carencia quizás se deba a que el urbanismo y la planificación urbana suelen ser vistos como temas demasiado técnicos, cuando en buena parte resultaron del mismo clima cultural que propiciara los cambios en las vanguardias artís-

* *Arturo Almandoz es profesor titular del Departamento de Planificación Urbana de la Universidad Simón Bolívar; Caracas. Investiga en modernización urbana e imaginarios en América Latina. Además de numerosos artículos en revistas especializadas y volúmenes colectivos, ha publicado ocho libros, entre los que destacan Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940) (1997; 2006) y La ciudad en el imaginario venezolano (2 Vols.). Ha editado Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950 (2002).*

¹ Una primera versión de este artículo fue presentado como ponencia libre: "Fecundación y colonialismo tardíos. Luminarias europeas y Fecundación y colonialismo tardíos. Luminarias europeas y propuestas urbanas en América Latina, 1900-1960", en el XIV Congreso Internacional AHILA. Europa-América: Paralelismos en la Distancia. Castellón, España: Universidad Jaime I, 20-24, 2005. He tratado de incorporar los comentarios y sugerencias de los compañeros participantes en el simposio en el que la ponencia fue presentada.

ticas; la existencia de ese parentesco se destaca al aproximar el tema desde la perspectiva de la historia cultural urbana, la cual busca precisamente relacionar los cambios en la ciudad y sus disciplinas con los imaginarios y otras formas de representación (Almandoz 2004). Partiendo de una tal concepción culturalista, creemos que la modernización urbanística resulta interesante para un público no especializado, especialmente si se la aborda desde una perspectiva panorámica y comparativa de alcance latinoamericano, como aspira este artículo desarrollar, más allá de la proliferación de casos de estudio.²

La modernización urbanística buscada en este artículo revisa principalmente las visitas y asesorías de luminarias extranjeras, pero también la celebración de eventos y la publicación de libros en tanto “unidades discursivas” a través de las cuales pueden ser trazadas relaciones epistemológicas y profesionales. Estoy consciente de las objeciones planteadas por Foucault (1992), por ejemplo, con respecto al cuestionable uso de las *unités de discours*, tales como las nociones de continuidad (tradicción, desarrollo, influencia, evolución, mentalidad, espíritu), la vaga entidad atribuida a libros y obras, así como las supuestas separaciones entre disciplinas, entre otros de los estratagemas epistemológicos sobre los que han sido establecidas las “regularidades discursivas”, sobre todo en las ciencias sociales. Con todo y ello, creo que ese corpus de unidades discursivas refleja, de manera algo caleidoscópica, un complejo de relaciones con los contextos sociales y la modernización latinoamericana de la primera mitad del siglo xx, así como con los cambios académicos y de la práctica profesional de la disciplina, todos los cuales configuran un “sistema de dispersión” epistemológica que este artículo trata de ensamblar.

Para bosquejar la modernización urbanística a través de esa formación discursiva, el artículo se propone, primeramente, tipificar y pasar revista a algunas de las propuestas formuladas por una serie de luminarias extranjeras que visitaron capitales latinoamericanas en la primera mitad del siglo xx: Joseph Bouvard al Buenos Aires y el São Paulo de la Bella Época; Jean-Claude Nicholas Forestier a Buenos Aires y La Habana en los años 1920; la famosas giras de Le Corbusier desde finales de la misma década; las colaboraciones de Léon Jaussely y Werner Hegemann en Buenos Aires; las prolongadas contribuciones de Karl Brunner en los medios urbanísticos de Chile y Colombia desde finales de los veinte, así como las de Hannes Meyer en México; las coordinaciones de Alfred Agache y Maurice Rotival en los primeros planes urbanos de Río de Janeiro y Caracas, respectivamente. Dentro del segundo episodio, son puestas en perspectiva las contribuciones y asesorías de Le Corbusier, José Luis Sert y otros voceros de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), entre otras vertientes, en organismos nacionales de planificación urbana emergentes en países latinoamericanos desde los años 1940 hasta finales de la década siguiente. Ésta es tomada como epígono de un ciclo en el que buena parte de esas visitas y propuestas tuvieron un carácter protagónico, al que la historiografía regional, nacional y local ha llegado incluso a atribuir una condición heroica en algunos casos (Pérez Oyarzun 1991; Berjman 1998). En el marco de tal modernización urbanística, el artículo se plantea también identificar cuáles de los visi-

² En vista de tal concepción, así como de las limitaciones de extensión de este artículo, la bibliografía a referir será principalmente general o comparativa sobre América Latina, con la excepción de referencias de casos nacionales que resulten indispensables.

tantes señalados ayudaron a la consolidación de los estudios urbanos en los medios académicos, con énfasis en la enseñanza de la historia.³

I. Auge y ocaso del urbanismo academicista

*Urbanización y masificación tempranas*⁴

Ya para los años 1920, algunas regiones de América Latina albergaban dos habitantes en las ciudades por cada campesino que había permanecido en las pampas, llanos o *sertão* de su vasta geografía. Es un indicador muy grueso que oculta quizás contrastantes diferencias entre países: Argentina y el Cono Sur tenían más del 50 por ciento de su población urbanizada desde 1914, mientras que las repúblicas andinas o centroamericanas serían predominantemente rurales hasta los cincuenta (Beyhaut 1985: 210-211). A pesar de su relativa simplificación, los indicadores demográficos registraban una realidad inequívoca: disparado desde el mismo comienzo del siglo XX en algunos países, el proceso de urbanización sería indetenible en la mayor parte de Latinoamérica durante el segundo tercio del siglo. Y aunque sólo en términos demográficos, en pocas décadas se completaría un ciclo que había tomado más de una centuria en Gran Bretaña y otros países industrializados y urbanizados a lo largo del siglo XIX (Potter/Lloyd-Evans 1995: 9-11).

Como en otras regiones del hoy llamado Tercer Mundo, la acelerada urbanización de América Latina en el siglo XX acentuó las concentraciones de un mapa que contrastaba con la dispersión y el atraso rurales. Atiborradas de de migrantes campesinos y foráneos, antiguas capitales coloniales y urbes emergentes pronto alcanzaron magnitudes que rivalizaban con metrópolis europeas y norteamericanas. Buenos Aires saltó de 663.000 habitantes en 1895 a 2.178.000 en 1932; Santiago, de 333.000 en 1907 a 696.000 en 1930; y Ciudad de México, de 328.000 en 1908 a 1.049.000 en 1933. Caso análogo al explosivo crecimiento de ciudades industriales como Manchester y Chicago, São Paulo pasó de 240.000 habitantes en 1900 a 579.000 en 1920 y 1.075.000 en 1930; mientras que Río disminuyó su primacía urbana, con una población que sólo se incrementó de 650.000 habitantes en 1895 a 811.433 en 1906. La expansión de las capitales fue en parte impulsada por un incipiente proceso de industrialización en Argentina, Uruguay, Chile y Cuba, los cuales figuraban entre los países más urbanizados del mundo para el primer cuarto de siglo. La población de La Habana se duplicó de 250.000 habitantes en 1900 a medio millón en 1925. Impulsadas por la migración del campo a la ciudad, las capitales de países andinos crecieron también de manera considerable: Bogotá pasó de 100.000 habitantes en 1900 a 330.000 en 1930, y Lima de 104.000 en 1891 a 273.000 en 1930. Aunque Caracas sólo creció de 72.429 habitantes en 1891 a 92.212 en 1920, los primeros efectos

³ Resultante de una línea de investigación y enseñanza sobre “Modernización urbana en América Latina, 1850-1950” (Almandoz 2002), el artículo se vincula al mismo tiempo con una investigación posdoctoral sobre la emergencia de la historiografía urbana, desarrollada en el Centro de Investigaciones Posdoctorales (CIPOST), Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES), Universidad Central de Venezuela.

⁴ Para las secciones contextuales me apoyo en Almandoz (2006).

de la bonanza petrolera la harían pasar de 135.253 en 1926 a 203.342 en 1936 (Hardoy 1988; Almandoz 2002).

Sin alcanzar el dramatismo de la Revolución Mexicana de 1910, la cual fuera en parte desatada por el descuido hacia el campo feudal por parte de los gobiernos modernizadores de Porfirio Díaz (1877-1880, 1884-1911), los estados latinoamericanos no pudieron prolongar el liberalismo y positivismo decimonónicos hasta el siglo xx, como el porfiriato había tratado de hacer. Desafiados por las demandas de sufragio universal, constitución de sindicatos y otros derechos políticos, los gobiernos de José Batlle y Ordóñez (1903-1907, 1911-1915) en Uruguay, Roque Sáenz Peña (1910-1913) e Hipólito Irigoyen (1916-1922) en Argentina, seguidos del primer Arturo Alessandri (1920-1924, 1925) en Chile, ejemplificaron tempranos intentos del estado posliberal por adaptarse a las demandas de la rápida urbanización. Muchas de las reivindicaciones de la masa heterogénea que engrosaba en las metrópolis tenía que ver con problemas de alojamiento y condiciones sanitarias en volátiles ciudades que no podían seguir manteniendo, por razones tanto políticas como demográficas, sus deficiencias poscoloniales de servicios e infraestructura (Romero 1984; Pineo y Baer 1998).

Respuestas oficiales y privadas a esas demandas configuraron la agenda urbana de las dos primeras décadas del siglo xx, especialmente en términos de reformas higiénicas y habitacionales de los centros históricos, completada por los suburbios residenciales para una burguesía que se hacía cada vez más cosmopolita (Almandoz 2002: 28-31). Coqueteando, por un lado, con tempranas muestras del reluciente funcionalismo del Estilo Internacional y el Art Déco, importados para sus lujosas quintas en los barrios chic de Buenos Aires o São Paulo, esta clientela esnobista de recién urbanizados hacendados y barones del café todavía gustaba, por otro lado, del repertorio más academicista heredado de la Bella Época, incluyendo los refinados pero exhaustos motivos del Beaux Arts y Art Nouveau. Era una ambivalencia estilística que también mostraba el sector oficial en sus programas de edificios cívicos o administrativos, como fuera manifiesto en las celebraciones que, desde 1910, conmemoraran el primer centenario de independencia republicana.

*Agenda de la Bella Época*⁵

En el europeizado clima de la Bella Época, pueden distinguirse tres vertientes principales de modernización urbanística de las capitales latinoamericanas, a saber: las reformas sanitarias, las propuestas de renovación urbana y la expansión residencial. Con relación a la primera, debe considerarse que, como la industrialización fue menos intensa que en Europa, las preocupaciones sanitarias en la Latinoamérica decimonónica no estuvieron tan directamente relacionadas a los problemas de vivienda para inmigrantes. Las ordenanzas de construcción y control ambiental en las grandes capitales fueron en parte inspiradas por el debate europeo sobre higiene pública, siendo prominente el ejemplo británico: las actas de 1848 y 1875 fueron estudiadas en algunos países, especialmente en Argentina, donde aparentemente inspiraron las propuestas de Guillermo Rawson y

⁵ Me apoyo en esta sección en pasajes de Almandoz (2002), donde la bibliografía más específica es referida.

Samuel Gache (Hardoy 1988: 102-103). Hacia los años 1880, Buenos Aires lideró con Montevideo la creación de instituciones especializadas en investigación sobre higiene, seguidas por similares en Ciudad de México, Santiago y Lima, mientras propuestas para viviendas obreras eran desarrolladas por promotores privados en Río (Wilson 1972: 33-35; Pino/Baer 1998). El intercambio de experiencias a través de las Américas también jugó un papel importante al difundir las nuevas ideas y adelantos. Las Conferencias Interamericanas de 1897 y 1902, que tuvieron lugar en Ciudad de México, discutieron la agenda higienista y promovieron la adopción de acuerdos internacionales, algunos de los cuales fueron alcanzados en la Convención Sanitaria de 1905 (Conferencias Internacionales Americanas 1938: 98). Sobre la base de tales eventos, para comienzos del siglo xx, los avances logrados en Buenos Aires, Montevideo, Santiago, Río y La Habana pudieron servir de modelo a las reformas higienistas de capitales rezagadas como Caracas y Lima.

Además de la publicación de significativas obras como *La higiene aplicada a la construcción de las ciudades* (1909-1910), del chileno Ricardo Larraín Bravo, durante las primeras décadas del siglo xx el debate sanitario influenciaría diversas propuestas de renovación y extensión urbana en las capitales latinoamericanas. No sólo se modernizaron redes de acueductos y alcantarillado, sino que también se emprendieron obras de más envergadura, como la demolición del Morro do Castelo durante la administración de Carlos Sampaio, prefecto de Río, buscando erradicar los enclaves de *tugurizados cortiços* del centro carioca, a la vez que mejorar la circulación de los vientos. También puede mencionarse las “propuestas lineales” para la expansión de Santiago, desarrolladas desde 1909 por el ingeniero y arquitecto chileno Carlos Carvajal, sobre la base del ejemplo de la madrileña Ciudad Lineal de Arturo Soria en los años 1890, que intentaba desconcentrar los congestionados centros tradicionales mediante la creación de modernas urbanizaciones a lo largo de líneas de tranvía y ferrocarril.

Pero la mayoría de los proyectos urbanos eran más cercanos al linaje del “urbanismo académico” representado por la École des Beaux-Arts y, más tarde, por el Instituto de Urbanismo de la Universidad de París; la revista de éste, *La vie urbaine*, publicada desde 1919, llegaría a tener gran impacto entre las nuevas generaciones de profesionales latinoamericanos (Gutiérrez 1996). Contribuyeron a la prolongación de ese academicismo formalista y poco innovador las celebraciones del centenario de la independencia republicana, que fueron señaladas ocasiones para organizar competencias arquitectónicas e invitar a diseñadores foráneos a hacer propuestas. Preparándose para la celebración del centenario de la independencia argentina en 1910, el Intendente de Buenos Aires invitó a Joseph Antoine Bouvard en 1907; el arquitecto de la ciudad de París, en la que había organizado la ecléctica exposición de 1900, diseñó un conjunto de avenidas diagonales para el centro de Buenos Aires, incluyendo un proyecto para la plaza de Mayo que no fue construido (Berjman 1998: 175-213). Invitado también durante la prefectura de Raimundo Duprat en São Paulo (1911-1914), las propuestas de Bouvard para la entonces segunda ciudad brasileña, que ya evidenciaba su rivalidad con la capital carioca, apelaron a la misma concepción barroca y monumental del espacio, a la vez que evidenciaban la tardía admiración de Bouvard por Camillo Sitte. Si bien los principios artísticos de este urbanista austriaco habían significado una renovadora alternativa frente a la concepción ingenieril del ensanche que predominaba a finales del xix en el mundo germano, ya para el momento de su invocación en las propuestas Bouvard no representaba el organicismo sitteano una modernidad secular para la expansiva metrópoli latinoamericana.

La expansión de las áreas residenciales articuló otro capítulo de la agenda en las grandes capitales de América Latina. Como hemos visto, la imagen, composición social y estructura funcional de las ciudades más populosas cambiaron drásticamente desde los años 1900: abarrotados desde finales del siglo XIX con actividades administrativas y comerciales, los centros tradicionales albergaron también inmigrantes rurales y extranjeros atraídos por la industrialización incipiente, mientras que las clases medias y altas habían comenzado a buscar nuevas localizaciones residenciales, estableciendo así la dirección para el crecimiento de sus capitales (Harris 1971). El arribo del automóvil había ampliado las posibilidades de expansión urbana, limitadas hasta entonces en las capitales que contaban con sistemas de tranvías y trenes suburbanos desde finales del siglo XIX. Éste fue el momento en el que, supuestamente, llegaron las “ciudades jardín”, cuya propuesta original había sido formulada en la Inglaterra de entresiglos por Ebenezer Howard, como respuesta de desconcentración urbana frente al excesivo crecimiento y deterioro ambiental de la ciudad industrial.

Un uso lato del término ha clasificado como “ciudades jardín” ejemplos decimonónicos, desde “colonias” del México del porfiriato; incluyendo el *bairro* de Higienópolis en São Paulo, desarrollado desde los años 1890 por los empresarios Martín Burchard y Víctor Nothmann; hasta la “urbanización” El Paraíso, en la Caracas de los años 1900. También el Vedado, en La Habana, ha sido visto como anticipada expresión de las cualidades suburbanas de la ciudad jardín, complementadas con los ingredientes naturalistas del diseño de Frederick Law Olmsted –creador del Parque Central neoyorquino– así como con la combinación de actividades logradas en las manzanas del ensanche de Ildefonso Cerdá en Barcelona. Pero otros han señalado que la ciudad jardín de Howard “nunca fue trasladada a América Latina”, la cual habría sido atraída más bien por la idea del “suburbio-jardín” y el “suburbio-jardín-dormitorio” para las clases media y trabajadora, respectivamente (Hardoy 1988: 104). Sin embargo, los proyectos más directamente relacionados con los principios de la ciudad jardín inglesa fueron algunos de los nuevos suburbios de São Paulo, tales como Jardim America, desarrollado en 1915 con la participación de Barry Parker, colaborador en la materialización de la propuesta original de Howard en Inglaterra (Almandoz 2004a).

Con todo y la difusión de las supuestas ciudades jardín en las afueras de metrópolis latinoamericanas que valoraban ya los atributos suburbanos del *planning* anglosajón, la predominancia gala en el emergente urbanismo de la región ilustra equívocidades técnicas atribuibles a factores culturales y geopolíticos de la Belle Époque. A pesar de su relativo retraso con respecto a las reformas y legislaciones sanitarias y habitacionales en Gran Bretaña y Alemania antes de la Primera Guerra Mundial (Sutcliffe 1981: 190-94; Choay 1983: 158-271), Francia mantuvo su prestigio en el diseño urbano, ganado desde el siglo XIX, gracias a la prolongación de su influencia en el repertorio academicista de las capitales latinoamericanas. Aunque esa predominancia sería eclipsada a partir de los años 1930, cuando nuevos modelos urbanísticos habrían de ser incorporados al planeamiento de las capitales, la Ciudad Luz continuaría como numen y meca de la retórica del Beux-Arts, la cual en buena medida había informado al imaginario estético de la Bella Época latinoamericana. En el marco de tales gustos arquitecturales y reformas parciales inspiradas en el Viejo Mundo, el urbanismo no sería instituido en Latinoamérica hasta finales de los años 1920. Pero a diferencia de países europeos donde la consolidación disciplinar estuvo asociada a la promulgación legislativa, bien fuera a nivel nacional o

municipal, el urbanismo latinoamericano sería proclamado por nuevos planes para las capitales y grandes ciudades, los cuales funcionarían como partidas de nacimiento de la nueva disciplina (Almandoz 2002).

Primeros planes, pioneros locales y padrinos extranjeros

Desde finales de los años 1920, el desarrollo industrial, la movilidad demográfica y la expansión urbana habían evidenciado, en las mayores urbes latinoamericanas, la urgencia de adoptar planes que fueron emprendidos por los gobiernos locales apoyados en expertos foráneos y nuevas generaciones de profesionales criollos. Confirmando la especialización del discurso y de la disciplina que acompañara a la emergencia del urbanismo en los países industrializados, los temas urbanos habían comenzado a atraer revistas técnicas y divulgativas durante las primeras décadas del siglo xx. Entre ellas destacaron *La Ciudad* (1929) en Buenos Aires; *Planificación* (1927), *Casas* (1935) y *Arquitectura y Decoración* en México; *Ciudad y Campo* en Lima; *Zig-zag* y *Urbanismo y Arquitectura* (1939) en Chile; y la *Revista Municipal del Distrito Federal* (1939) en Caracas. La influencia de los urbanistas europeos era todavía evidente en el uso de libros como *Construcción de ciudades según principios artísticos* (1889), del ya mencionado Sitte, traducido al español en 1926; así como en textos de los historiadores franceses Marcel Poëte y Pierre Lavedan, y del planificador británico Raymond Unwin, colaborador de Howard, los cuales circulaban en sus versiones originales entre los profesionales latinoamericanos (Gutiérrez 1996; Almandoz 2002).⁶

Además de las Conferencias Interamericanas y Congresos Panamericanos de Arquitectos que tuvieron lugar desde los años 1920, las innovaciones técnicas del urbanismo pudieron intercambiarse en los eventos internacionales que, a partir de la década siguiente, se especializaron en distintos componentes del emergente campo profesional. En 1934 tuvo lugar un congreso de arquitectura y urbanismo en Chile, seguido del primer Congreso Internacional de Urbanismo en Buenos Aires en 1935. El primer Congreso Interamericano de Municipalidades tuvo lugar en La Habana en 1938, y el segundo en Santiago en 1941. Con respecto a la vivienda, el primer Congreso Panamericano de Vivienda Popular también tuvo lugar en Buenos Aires en 1939, y el decimosexto Congreso Internacional de Planificación y Vivienda en Ciudad de México en 1938. Celebrado en Washington al año siguiente, el decimoquinto Congreso Internacional de Arquitectos también representó una gran oportunidad para que los profesionales latinoamericanos actualizaran sus experiencias (Hardoy 1988).

Confirmando la importancia que los cambios administrativos tuvieron para la consolidación del urbanismo, tal como ocurriera en Europa antes de 1914 (Sutcliffe 1981), el aparato técnico de la planificación no cobró forma en Latinoamérica antes de la segunda mitad de los años 1920, cuando los problemas urbanos pasaron a ser cuestiones públicas. La mayoría de las oficinas nacionales y municipales de Santiago, Montevideo, Buenos Aires, Ciudad de México, Río, São Paulo, La Habana, Lima, Bogotá y Caracas fueron

⁶ De nuevo me apoyo en estos párrafos en mi propia revisión (Almandoz 2002); la bibliografía específica por casos de estudio puede ser ampliada allí.

resultado del esfuerzo entre gobiernos locales y nacionales, nuevas asociaciones profesionales, y centros de investigación urbana. Con algunos profesionales actuando a la vez como responsables administrativos, diseñadores y promotores urbanos, una nueva generación de planificadores nativos surgiría de estas oficinas y comisiones encargadas de elaborar los primeros planes para las metrópolis emergentes, incluyendo a Carlos Contreras en Ciudad de México, Mauricio Cravotto en Montevideo, Carlos della Paolera en Buenos Aires, Anhaia Mello y Francisco Prestes Maia en São Paulo, Pedro Martínez Inclán en La Habana, y Leopoldo Martínez Olavarría en Caracas.

Como epígono de la influencia europea de entreguerras en Latinoamérica, que no terminaba su seducción por el prestigio cultural y académico del Viejo Mundo, esas novedosas oficinas de urbanismo, con equipos criollos competentes, siguieron contratando a famosos urbanistas europeos como consejeros o coordinadores para la elaboración de los primeros planes urbanos; éstos parecieron alcanzar, como ya fue señalado, el valor de manifiestos o partidas de nacimiento de la nueva disciplina, a diferencia de países europeos, donde las primeras leyes de planificación tuvieron mayor significado epistemológico. Capitalizando todavía el prestigioso eclecticismo del urbanismo francés en la América Latina de la Bella Época, conspicuos representantes de lo que ha sido denominado ‘École Française d’Urbanisme’ (EFU) –la cual difundiera el urbanismo monumentalista en colonias y protectorados– fueron invitados a participar en las propuestas y planes para algunas capitales (Choay 1983).

Invitado en 1924 por la administración municipal de Buenos Aires, el paisajista Jean-Claude Nicholas Forestier –reputado por el diseño del sevillano parque de María Luisa, así como por intervenciones en las colonias francesas en África e Indochina, como otros miembros de la EFU– propuso avenidas, parques y espacios abiertos con ecos parisenses del Segundo Imperio; parte de sus propuestas serían incluidas en el primer plan de Buenos Aires, llevado adelante desde 1925 por la recién creada Comisión de Estética Edilicia (Berjman 1998: 215-267). Invitado también Forestier a La Habana por una nueva tecnocracia municipal que reflejaba ya el autocrático progresismo del régimen de Gerardo Machado (1925-1931), su Plan para el Embellecimiento y el Ensanche, también de corte academicista, fue publicado e incluido en la Ley de Obras Públicas promulgada por el nuevo gobierno en 1925, aunque escasamente realizado (Duverger 1994: 221-240).

Otro connotado *urbaniste* de la EFU con experiencia colonial, Léon Jaussely trajo propuestas algo más modernas a Montevideo y Buenos Aires en 1926 (Berjman 1998: 215-271), cuando el fundador de la Société Française d’Urbanistes (SFU) manifestó cierta oposición a la cuadrícula colonial, pronunciándose a favor de algunos principios de la ciudad jardín con respecto a la expansión urbana (Gutiérrez 2002: 64-66). Invitado por el prefecto Antonio Prado Junior para coordinar un equipo técnico entre 1926 y 1930, Donat-Alfred Agache propuso un plan monumentalista para Río, cuya metodología incluyó empero ciertas innovaciones metodológicas, tales como *surveys* geográficos a nivel regional, así como una síntesis informativa de la capital en proceso de expansión. Otro tardío ejemplo del eclecticismo de la EFU puede verse en el primer plan para Caracas (1939), elaborado por la Dirección de Urbanismo del Distrito Federal capitalino, donde el equipo criollo de expertos había sido apoyado, desde la creación de aquella en 1937, por la oficina parisina de Henri Prost; numerosos proyectos en las colonias francesas y Turquía imposibilitaron la visita del famoso urbanista, cuyos asociados, Jacques Lambert y Maurice Rotival, fueron enviados a coordinar el plan de la modesta capital

que despertaba a la democracia, en medio de la bonanza petrolera, después de la prolongada dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935). Los técnicos franceses reunían casi todos los ingredientes academicistas de la EFU, lo que hizo finalmente posible la extemporánea llegada de la cirugía urbana al estilo del barón Haussmann a Caracas, después de varias décadas de afrancesadas aspiraciones de su cultura urbana (Almandoz 2002).

Pero un mensaje más moderno fue lo que los suramericanos trataron de obtener invitando a Le Corbusier a visitar Buenos Aires, Montevideo, São Paulo y Río, gira que, significativamente, fuera emprendida por la luminaria franco-suiza en 1929, mientras el segundo CIAM tenía lugar en Francfort (Pérez Oyarzun 1991). Invitado en la capital argentina por la Sociedad Los Amigos del Arte, el adalid modernista, que sólo trajo crudas versiones de sus anteriores planes parisinos, no fue bien acogido e incluso ignorado por el grupo profesional nucleado en torno de la Sociedad Central de Arquitectos (Collins 1995). Por otro lado, representantes más profesionales del mundo germano también fueron llamados a apadrinar el naciente urbanismo latinoamericano. Werner Hegemann, editor de la revista *Der Städtebau*, fue invitado en 1931 a Buenos Aires por “Los Amigos de la Ciudad”, una pragmática sociedad que parecía no estar satisfecha ni con las propuestas academicistas de la EFU, ni con los planes preconcebidos y fuera de contexto de Le Corbusier. El hombre responsable de la invitación de Hegemann fue Carlos della Paolera, ingeniero argentino que se había graduado en el Instituto de Urbanismo parisino, donde se había familiarizado con las ideas del Museo Social y de la SFU, pero también conocía del enfoque tanto científico como humanístico con que Hegemann se aproximaba a la planificación (Randle 1977; Collins 1995). Era también el caso del austriaco Karl Brunner, cuyas prolongadas estadias en Santiago y Bogotá, invitado por los gobiernos y medios académicos, lo confirmaron como el más conspicuo representante en Latinoamérica de un *Städtebau* o arte urbano racionalista y contextualizado, que algunos sectores profesionales buscaban después del esteticismo sitteano (Hofer 2003).

Currículos, asociaciones y eventos

En el marco de esos cambios administrativos y técnicos consecuentes con las primeras oficinas y planes de urbanismo, la progresiva especialización lograda a través de los currículos universitarios, las asociaciones profesionales y los intercambios en eventos, proveen todos claves tempranas para historiar los estudios urbanos. Sin intención de ser exhaustivos para los diferentes países latinoamericanos –lo cual sería imposible no sólo por limitaciones de extensión sino también por una bibliografía por casos que apenas comienza a desarrollarse– valga sólo referir pistas de los medios nacionales que pueden considerarse más adelantados para la tercera década del siglo. Uno de los primeros cursos de urbanismo fue introducido en 1928 en la Escuela de Arquitectura, Facultad Ciencias Económicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, por Alberto Schade Pohlenz, autor de un plan para Santiago en 1923; con fuerte influencia de la estética de Sitte; ese programa inspiró, en 1929, un curso equivalente en la Universidad Católica (Hofer 2003: 74-75). Con la creación del Instituto de Urbanismo y la promulgación de una Ley General de Construcciones y Urbanizaciones el mismo año, así como la celebración del primer congreso de Arquitectura y Urbanismo en 1934, el Chile que entonces visitara Brunner –donde desarrolló planes urbanos, proyectos de leyes y cursos universitarios– se destacaba como una de las platafor-

mas más articuladas del urbanismo latinoamericano. A la partida de Brunner, la cátedra de Urbanismo fue asumida hasta 1946 por su discípulo, Rodolfo Armando Oyarzun Philippi, de la misma forma que los otros frentes continuados (Pavez 1992: 2-11).

Valga señalar que, entre las contribuciones de figuras extranjeras que tuvieron más influencia académica, fue Brunner quien, además de ayudar a constituir las plataformas institucionales y profesionales de Chile y Colombia, llegó a producir un libro en el que podemos encontrar cierta referencia a la casuística latinoamericana para ilustrar la emergente preceptiva urbanística. En efecto, su *Manual de Urbanismo* (1939-1940) ofreció, de manera novedosa para el público del continente, una revisión de las soluciones que la naciente planificación daba a los problemas funcionales de las metrópolis mundiales, con abundantes ejemplos de la ciudad latinoamericana en proceso de transformación (Brunner 1939: 19-24).

México fue otro caso tempranamente maduro. Promovido por el arquitecto Manuel Ortiz Monasterio, el curso “Planificación de Ciudades y Arte Cívico” fue inaugurado en 1926 en la Escuela Nacional de Bellas Artes (ENBA) de México y encomendado primero a José Luis Cuevas Pietrasanta, y después, hasta 1929, al arquitecto Carlos Contreras, fundador de la revista *Planificación* y director desde el año anterior del comité para el plano regional de Ciudad de México; dos años más tarde, Cuevas introdujo la materia de urbanismo en la entonces Universidad Autónoma de México. La celebración del Primer Congreso Nacional de Planeación en 1930, por iniciativa de la Asociación Nacional para la Planificación de la República Mexicana (ANPRM), creada en 1927, así como la promulgación el mismo año de una Ley General de Planeación, confirman el temprano desarrollo de un marco profesional y jurídico en el país azteca. Como pionero de esta profesionalización, Contreras había propuesto la creación de una escuela de planificación, con el fin de producir profesionales en tres años; aunque esta iniciativa no prosperó, sí logró concretarse para 1939 un posgrado en Planificación y Urbanismo en el Instituto Politécnico Nacional (IPN), uno de los primeros del continente (Sánchez Ruiz s. f.).

Brasil también dio numerosas muestras de una pionera institucionalización administrativa, profesional y académica del urbanismo, aunque debilitadas algunas de aquellas por la inestabilidad política y la posterior consolidación del Estado Novo (1937-1945) de Getúlio Vargas, cuyo centralismo no pareció favorecer la reforma local sino nacional. Después de la fundación de la efímera Asociación Brasileña de Urbanismo en 1927, otro paso hacia su institucionalización como cuestión nacional vino con la creación en 1932 del Departamento de Administración Municipal, destinado a dar asistencia a los gobiernos locales. Confirmando que los prefectos de las ciudades brasileñas han sido con frecuencia expertos pioneros además de funcionarios, Luiz de Anhaia Mello –autor de *Problemas de Urbanismo* (1929)– organizó en São Paulo un Congreso de Habitación, seguido de una Semana de Urbanismo que tuvo lugar en Salvador en 1935. El medio académico había conocido la reforma de Lúcio Costa en la ENBA carioca en 1931, creando cátedras de urbanismo y paisajismo, en el marco de cambios que pretendían independizar la enseñanza de la arquitectura de las artes plásticas; posteriormente, el prefecto Pedro Ernesto lograría en 1935 la creación de la Universidade do Distrito Federal (UDF), donde sería impartido el primer curso de posgrado en urbanismo, hasta que la universidad fuera cerrada por el gobierno de Vargas en 1939 (Pereira 2003: 79-80).

En el caso de Argentina, después de la creación de la Comisión de Estética Edilicia en 1925, las invitaciones a Le Corbusier y Hegemann fueron muestras del interés urba-

nístico de los grupos arquitecturales, siendo las propuestas del último promovidas desde la Oficina del Plan de Urbanización, creada en 1932. Si la madurez del medio profesional permitió la celebración del primer Congreso Argentino de Urbanismo en 1935, la cátedra respectiva en la Universidad del Litoral, Rosario, ya había sido propulsada desde 1929 por Della Paolera, quien pasaría a ocupar desde 1933 la misma cátedra en la Universidad de Buenos Aires (Randle 1977: 12). En su manual, Brunner hizo referencia a estos cursos, en los que la “historia de las ciudades” tenía gran importancia tanto en la primera parte, sobre “evolución urbana”, como en la tercera, dedicada al “arte urbano o urbanización” (Brunner 1939: 24-25). Sin embargo, según el más tardío testimonio dado por Hardoy, el contenido de esos primeros cursos de urbanismo no facilitaba ni la comprensión de la ciudad ni de los centros históricos de rápida expansión y congestión; ocurría como con el naciente urbanismo que se practicaba entonces: si bien había algunas intervenciones inspiradas en el modernismo funcionalista, los planes de renovación permanecieron apegados a la aproximación parcial sobre el tráfico, los espacios verdes o el embellecimiento, sin incorporar dimensiones económicas, sociales o ambientales propias de la planificación técnica (Hardoy 1991: 143).

No sólo para el medio argentino, el testimonio de Hardoy es indicativo del venidero eclipse del urbanismo academicista en la Latinoamérica de entreguerras, el cual necesitaba enriquecer su alcance a través de los nuevos objetos –región y territorio– así como de los instrumentos –planes maestros y zonificación– que pasaron a estar asociados con el planeamiento norteamericano. Porque tal tránsito, que es en el fondo una cuestión epistemológica y técnica, se produciría en el marco histórico del desplazamiento de polos de modernidad de la segunda posguerra, acentuado por peculiaridades idiomáticas y culturales de América Latina, todo lo cual llevaría a una nueva agenda de ciencias sociales y urbanismo, tal como vemos a continuación. Sin embargo, puede decirse que el ciclo del urbanismo academicista, liderado en la región por las luminarias extranjeras invitadas por medios oficiales y privados, sirvió no sólo para dar forma a la mayoría de los primeros planes urbanos –aunque la mayoría quedara inconclusa– sino también para introducir los estudios urbanos en los medios académicos nacionales.

II. Hacia la planificación funcionalista

Desfase entre industrialización y urbanización

En 1950, más de la mitad de la población de Uruguay (78,0), Argentina (65,3), Chile (58,4) y Venezuela (53,2) vivía ya en centros urbanos. Mientras el promedio de urbanización en América Latina era todavía de 41,6, países como Brasil y México no eran demográficamente urbanizados sólo debido a la inmensa magnitud de sus poblaciones, albergando empero algunas de las mayores metrópolis del mundo (United Nations 1996: 47). Ciudad de México y Río de Janeiro estaban apenas por debajo y por encima de los 3 millones, respectivamente, mientras São Paulo ya había escalado a 2 millones y medio. Este primer grupo de áreas metropolitanas latinoamericanas estaba todavía liderado por el Gran Buenos Aires, con 4,7 millones (Harris 1971: 167).

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de los años 1960, las mayores economías latinoamericanas mostraron relativa prosperidad, marcada por un sig-

nificativo crecimiento industrial por sustitución de importaciones, en medio de una sostenida urbanización que supuestamente ampliaba los mercados de consumo. La agenda continental de desarrollismo había sido respaldada, desde 1948, por la creación de agencias internacionales como la Organización de Estados Americanos (OEA) y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), patrocinadas por las Naciones Unidas y los crecientes intereses estadounidenses en la explotación primaria e industrial de la región.

Vistas entonces como prometedores ejemplos de países *en desarrollo* –denominación que pareció tener gran resonancia hasta los años 1960– las sociedades latinoamericanas en trance de industrialización eran también consideradas como exponentes de la teoría clásica de modernización, tal como fuera concebida por el desarrollismo económico y la sociología funcionalista. Desde comienzos de la década de los sesenta, la conexión entre industrialización, urbanización y modernización fue formulada, siguiendo una derivación casi causal, por Philip Hauser, Leonard Reissman y Kingsley Davis, desde las perspectivas del cambio social y la transición demográfica, apoyándose para ello en los ejemplos de países del Atlántico Norte que se industrializaran en el siglo XIX (Reissman 1970; Davis 1982). De tal literatura pudo colegirse, sin embargo, que las naciones latinoamericanas supuestamente en desarrollo parecían estar en el camino hacia la industrialización y urbanización, pero de hecho padecían profundas distorsiones en comparación con exitosas experiencias de modernización en Europa, Norteamérica y otras partes del mundo (Hauser 1967).

Por un lado, la frágil industrialización no había precedido sino más bien seguido a la urbanización latinoamericana, de manera que la sustitución de importaciones no podía ser vista como equivalente de la “Revolución Industrial”, con sus consiguientes efectos dinamizadores sobre el sistema económico y la transición demográfica (Williamson 1992: 333). Tal como ocurriera en otras partes de lo que comenzaba a ser denominado Tercer Mundo, en lugar de haber “jalado” (*pulled*) hacia las ciudades contingentes poblacionales que pudieran ser de hecho absorbidos por la industria y otros sectores productivos, la mayor parte de la migración del campo a la ciudad latinoamericana había sido “empujada” (*pushed*) por un sector agrario preterido por las políticas de énfasis urbano llevadas adelante por los estados corporativos (Potter/Lloyd-Evans 1998: 12-13).

Por otro lado, los niveles de urbanización casi duplicaban la participación industrial en las economías argentina, chilena, venezolana, colombiana y brasileña, según los censos de los años 1950 (Harris 1971: 85). Tales niveles no podían ser absorbidos por el sistema productivo, de manera que a la postre producirían “inflación urbana” o “superurbanización”, tal como ocurriría en otras regiones del Tercer Mundo (Potter/Lloyd-Evans 1998: 14-15). En las décadas venideras, buena parte de este excedente de población improductiva viviendo en las ciudades terminaría alojada en barriadas y dependiendo de la economía informal. Pero era ya evidente para comienzos de la década de los sesenta que el desequilibrio entre industrialización y urbanización no permitirían ni el desarrollo al estilo CEPAL, ni la modernización según la visión de la sociología funcionalista.

De urbanismo a planificación

No es casual que la utilización del término “urbanismo” durante las primeras décadas del siglo XX en América Latina, se viera sustituida en la segunda posguerra por los voca-

blos “planificación” o “planeamiento” en español, así como *planejamento* en portugués. Dado que éstos son con frecuencia entremezclados como sinónimos, puede pensarse que la aparente duplicidad es debida a un vocabulario más rico en este caso que el inglés, donde el *urbanism* tradicionalmente no tuvo una connotación disciplinar alternativa al *town planning* británico o al *urban planning* norteamericano, lo que cambiaría en la era postmoderna. Pero en el fondo, hay matices conceptuales e históricos asociados a cada término: tal como ha sido esbozado para contextos de industrialización avanzada, a diferencia del *urbanisme* francés, de la *urbanistica* italiana o del *Städtebau* germano, el *town planning* anglosajón enfatizó valores sistémicos, procedimentales y/o políticos, apoyado para ello en las ciencias sociales y su aparato técnico en reemplazo del diseño, por resumir así su orientación más general, internacional y evidente para mediados del siglo XX (Hebbert 2004). Pero en la Latinoamérica que buscaba el desarrollo y la modernización a través de la industrialización y urbanización, ese tránsito epistemológico fue también manifestación del relevo y desplazamiento de los polos desde los que era importada la modernidad, de Europa a Estados Unidos, a través del cual llegó el nuevo aparato de instrumentos asociados con la planificación, así como la renovación técnica, procedimental e institucional que propició (Almandoz 2002: 31-39).⁷ En este sentido, damos a continuación algunas de las influencias y cambios presentes en ese clima profesional dentro del cual se plantearía una nueva relación con la planificación y los estudios urbanos.

Puede decirse que las principales influencias foráneas en la Latinoamérica de la posguerra viraron del academicismo al modernismo funcionalista heredero del CIAM, el cual sirvió a los objetivos progresistas de regímenes latinoamericanos, tanto democráticos como dictatoriales. Desde antes del eclipse del urbanismo academicista, el racionalismo de izquierda de Hannes Meyer interactuó en México durante los diez años que estuvo allí el antiguo director de la Bauhaus, después de otra prolongada experiencia en la Unión Soviética de Stalin. Los proyectos de vivienda de interés social e instituciones públicas en los que Meyer participó ayudaron al giro hacia la arquitectura más vernácula y regionalista producida durante el régimen de Lázaro Cárdenas (1934-1940), después de la agenda modernizadora que ya venía en curso desde el maximato de Calles, con proyectos educacionales y sanitarios liderados por Juan O’Gorman, Juan Legarreta y Villagrán García (Gorelik 2005: 102-119). Invitado al ya mencionado XVI Congreso Internacional de Planificación y Vivienda, celebrado en la capital azteca en 1938, la llegada de Meyer fue también vista como espaldarazo al proyecto, impulsado por Cuevas y Enrique Yáñez, de una Escuela de Planificación Urbana dentro del IPN fundado el año anterior; la experiencia soviética de aquél estaba llamada a ayudar en la articulación que el urbanismo mexicano buscaba con las emergentes categorías de región y planificación (Gorelik 2005: 121-122). La presencia del arquitecto suizo también enriqueció, pero no fue fundamental, para el proceso que desembocaría, ya para el final de la progresista presidencia de Miguel Alemán (1946-1952), en proyectos como el de la Ciudad Universitaria, coordinado por Carlos Lazo, Mario Pani y Enrique Del Moral, obra cumbre de un modernismo azteca que reinterpretó motivos nativos con una nueva resonancia internacional, tal como también ocurriera en sus contrapartes de Brasil y Venezuela (Fraser 2000: 51-74).

⁷ Nuevamente, he tratado de registrar parte de este cambio en Almandoz (2002), donde puede encontrarse más bibliografía específica de los casos referidos en los párrafos siguientes.

El legado del CIAM en otras capitales latinoamericanas se acrecentó durante los años 1940, sobre todo a través de las visitas de algunos de sus representantes como consultores o consejeros de los nuevos organismos de planificación, algunos de los cuales pasaron a tener alcance nacional. Le Corbusier aprendió la lección sobre la necesidad de contextualizar y respetar el medio profesional local en su segunda propuesta para Buenos Aires, la cual fue preparada con la firma de arquitectos argentinos Kurchan y Ferrari y publicada en 1947. Mientras otros viajes de Le Corbusier a Bogotá cristalizarían en un plan en 1950, la presencia teórica de CIAM sería consolidada con la edición en español de la *Charte d'Athènes* (1941) –manifiesto del funcionalismo resultante del cuarto CIAM– publicada en Argentina en 1954, así como con la versión caribeña que Pedro Martínez Inclán había presentado en su *Código de Urbanismo*, en el marco de la primera Conferencia Nacional de Arquitectura, celebrada en Cuba en 1948 (Pérez Oyarzun 1991; Gutiérrez 1995). Promotor del Patronato Pro-Urbanismo desde 1942, Martínez Inclán impulsó el giro del academicismo al modernismo desde su cátedra de planificación urbana en la Universidad de La Habana. Después de las visitas a esta capital de luminarias modernistas como Richard Neutra (1945), Walter Gropius (1945) y Joseph Albers (1952), el rol de paladín del CIAM entre las nuevas generaciones de arquitectos cubanos correspondió a José Luis Sert, asesor de la Junta Nacional de Planificación creada en 1955 por el segundo gobierno dictatorial de Batista (1952-1959). Exiliado desde el inicio de la Guerra Civil española, después de haber trabajado con Le Corbusier entre 1929 y 1932, Sert finalmente se estableció como profesor y decano de Arquitectura en Harvard, mientras su exitosa oficina con Paul Lester Wiener, Town Planning Associates (TPA), mantenía pingües contratos con agencias gubernamentales de planificación en todo el mundo. En el caso de La Habana, el americanizado proyecto del maestro catalán parece haber cedido demasiado a las ambiciones turísticas y financieras del régimen de Batista, que buscaban convertir a la capital cubana en lo que terminaría siendo Miami después de la revolución de 1959 (Scarpaci Segre/Coyula 2002: 73-88).

Arribado desde finales de los años 1940 a Venezuela, pero sobre todo en la progresista dictadura de Pérez Jiménez (1952-1958), el *planning* fue preconizado por el mismo Sert, los planificadores norteamericanos Robert Moses y Francis Violich, así como de nuevo Rotival, asesores todos de la Comisión Nacional de Urbanismo (CNU); estos últimos dejaron testimonios del auge de la nueva técnica de la planificación por aquellos años. El Rotival que venía contratado por segunda vez por el gobierno venezolano no quería ser ya considerado como *urbaniste*, sino más bien como exponente del más comprehensivo profesional que era el *planificateur*, según una diferencia sobre la que teorizaría años más tarde (Rotival 1964). En el caso de Violich, en su *Cities of Latin America* (1944), el planificador californiano ofreció una de las primeras perspectivas comparadas de la europeizada formación academicista en varios medios profesionales con los que estuvo en contacto a lo largo de su viaje. Pero valga hacer notar que ya en aquel libro temprano Violich había advertido también que “los jóvenes arquitectos y planificadores practicantes” de América Latina comenzaban a “ver hacia los Estados Unidos en vez de Europa” (Violich 1944: 169-173). Posteriormente supo resumir, a propósito de su experiencia con la CNU venezolana, el giro del enfoque disciplinar que se produjo en aquellas décadas, el cual puede ser predicado de buena parte del continente: “Un movimiento moderno de Beaux Arts inspiró el final de los años 1930, y una orientación social la mitad de los 1940, sólo para dar paso a principios de los 1950 a un enfoque funcional generado en las técnicas norteamericanas” (Violich 1975: 285).

En el caso de Brasil, además del ruso Gregori Warchavchik, quien introdujera desde 1923 el modernismo internacional en São Paulo, la presencia de figuras estelares de los CIAM, incluyendo las propuestas de Le Corbusier en Río, apuraron el impulso funcionalista, el cual mantuvo su fascinación por lo foráneo a través de los años 1930-1940. Una experiencia que confirma esta dependencia fue la de Cidade dos Motores, establecimiento de alrededor de 25.000 habitantes que serviría de apoyo a una fábrica aeronáutica al norte de Río; el proyecto fue encargado a la TPA de Sert, gracias a los contactos de Wiener con el Departamento de Estado norteamericano, interesado a su vez en fortalecer la industria aeronáutica en el país que necesitaban como aliado en la Segunda Guerra Mundial. Si bien la intermediación gringa puede comprenderse en términos de necesidades geopolíticas, lo que sí resulta inexplicable es que “para 1942 los arquitectos brasileños estaban bien informados sobre los asuntos de planificación, de manera que no necesitaban liderazgo foráneo” (Fraser 2000: 207). Ello se confirmaría en la década siguiente, cuando la emblemática Brasilia promovida por el gobierno de Juscelino Kubitschek (1956-1961), sería íntegramente acometida por un equipo autóctono liderado por Lúcio Costa y Oscar Niemeyer, lo que evidenciaba que, finalmente, la madurez profesional de la arquitectura y la planificación podía alcanzar resonancia internacional, sin necesidad de luminarias extranjeras.

El tránsito en la enseñanza

Entre los años 1940 y 1960, la introducción de la enseñanza de la historia y los estudios urbanos pudo diferenciarse sólo cuando las escuelas de arquitectura lograron superar la dicotomía decimonónica entre los preceptos artísticos de la École des Beaux-Arts, y los más ingenieriles de la École Polytechnique, que se habían reproducido en algunas universidades latinoamericanas desde las reformas borbónicas de finales de la Colonia (Torre 2002: 549-551). El crecimiento historiográfico fue quizás estimulado por el hecho de que, en las mismas décadas, se manifestó el interés extranjero, especialmente estadounidense, por reportar y explicar el modernismo latinoamericano; maestros regionales como el mexicano O’Gorman, los brasileños Costa y Niemeyer, y el venezolano Carlos Raúl Villanueva, fueron catalogados en las exposiciones “Brazil Builds” (Goodwin 1943) y “Modern Architecture in Latin America since 1945” (1955), organizadas por el Museo de Arte Moderno de Nueva York, esta última bajo la curaduría del famoso crítico Henry-Russell Hitchcock (1955; Fraser 2000).

En el dominio urbanístico, la transición hacia la planificación parecía ir acompañada de la institucionalización de la historia como componente específico llamado a alimentar la práctica profesional, especialmente en el medio más maduro de Argentina. En este sentido, valga mencionar la visita del famoso historiador Marcel Poëte, invitado por su discípulo Della Paolera, para inaugurar el “Curso Superior de Urbanismo” en la Universidad de Buenos Aires, inspirado en la orientación evolucionista del parisino Instituto de Urbanismo del que provenía aquél. También el geógrafo Gaston Bardet enseñó en la capital argentina en 1949, pero se dedicó más a materias instrumentales que teóricas (Randle 1972: 32-34), así como en Brasil, medios también en los que Joseph Lebrét, con su aproximación economicista y humanista, proyectaba las aplicaciones del componente histórico dentro de la planificación regional.

Ya para mediados de los años 1950, la reforma en la enseñanza de la historia del urbanismo, entre otras disciplinas, parece haber sido referencial en la Universidad Nacional de Rosario, la misma en la que Della Paolera había propulsado, recordemos, la cátedra de urbanismo desde 1929 (Randle 1977: 12). A Rosario fueron entonces llamados profesionales de Buenos Aires, entre los que se encontraban los arquitectos Jorge Enrique Hardoy y Francisco Bullrich; fue la primera vez que jóvenes estudiosos como Gutiérrez y Segre entraban en contacto con figuras ya consolidadas, para asistir a sus clases (Almandoz 2003: 201-202). Con todo y estos cambios, parecía haber poca historicidad en la enseñanza y práctica del urbanismo latinoamericano en los cincuenta, lo que Gutiérrez atribuye a la predominancia de la descontextualizada prospectiva importada de los CIAM: “Era difícil entender la posibilidad de formular un futuro desde la propia historia; siempre pesaba más el modelo externo de lo que ‘se debía ser’ antes de entender ‘lo que se era’” (Almandoz 2004: 244).

Las distinciones implicadas en el tránsito del urbanismo hacia la planificación en Latinoamérica fueron reconocidas, desde una perspectiva epistemológica a la vez que histórica, por el peruano Emilio Harth-terré y el argentino Patricio Randle, quienes participaron de aquella metamorfosis del joven urbanismo continental y la pusieron más tarde en perspectiva. En su libro *Filosofía en el urbanismo* (1961), el primero se pronunció abiertamente por este término que correspondía a “la ciencia de la ciudad”, mientras que la “sobreevaluación del vocablo *planificación*”, consecuencia de la creciente admiración por lo anglosajón en las universidades latinoamericanas, habría llevado a la “secuela desmedrada del neologismo *planeamiento urbano*”, desplazando innecesariamente al “purísimo y expresivo” término que el idioma español ofrece en su voz *urbanismo* (Harth-terré 1961: 64, 124-126).

Años más tarde, partiendo más bien de la premisa de que en el idioma español ambos términos, “urbanismo” y “planeamiento”, eran aceptables, en su obra *Qué es el urbanismo* (1968) Randle no los vio sin embargo como sinónimos, y atribuyó un significado histórico y conceptual a cada término. Por ser siempre “destinatarios de influencias tan diversas”, los latinoamericanos habríamos adoptado “urbanismo” debido a que “fueron francesas las corrientes que rigieron el despertar de esta actividad”; el “planeamiento urbano” se habría impuesto después de la segunda Guerra Mundial a través de la “influencia inglesa”, con la que probablemente quería referirse el historiador más bien al influjo anglosajón que llegó a Latinoamérica desde los Estados Unidos. Pero Randle fue más allá de la mera sucesión de términos, y se decidió a enfrentar la “distinción bizantina” que le intrigaba, atreviéndose a la siguiente diferenciación conceptual entre “urbanismo” y “planeamiento urbano”:

...se trataría de dos conceptos diversos y sucesivos teniendo como punto de partida el urbanismo en su aceptación más próxima a la estética edilicia, a la obra pública edilicia y a la provisión de los servicios urbanos, conforme a los primeros tratados de fines del siglo anterior y comienzos de éste. Luego, en cambio, a la vez que se perfecciona la teoría y la práctica, surgiría como una nueva tarea la del *planeamiento urbano*, en la que el lado estético era sólo una consecuencia de otras preocupaciones más integrales y científicas tales como el uso del suelo y la circulación (Randle 1968: 22).

Puede decirse que estas obras de Randle y Harth-terré lograron poner en una perspectiva epistemológica e historiográfica una aparente moda a sustituir urbanismo por planifi-

cación, lo cual reflejaba cambios más estructurales de la disciplina, en el marco geopolítico del modernismo y el desarrollismo en América Latina. Tal como lo enfatizara Hartherré, si la mudanza terminológica tenía mucho que ver con el orden de difusión de los vocablos en español y portugués, reflejaba a la vez un desplazamiento en los polos de la modernidad técnica, de Europa a Estados Unidos, en la Latinoamérica de la posguerra, ávida de desarrollismo y modernización. A un nivel más práctico, ese cambio representaba, como lo hace notar Randle, un reemplazo del monumentalismo esteticista de los proyectos de comienzos de siglo, por una concepción más integral y funcional en los planes producidos por las oficinas locales y nacionales de planificación; desde el México que acogiera a Meyer hasta la Argentina que conociera la primera edición de la Carta de Atenas, varias de esas oficinas preconizaron conceptos e instrumentos transferidos por sus asesores provenientes del CIAM, tal como hiciera la TPA en Caracas, Río y La Habana.

Conclusiones

La formación discursiva del urbanismo latinoamericano debe ser rastreada desde las reformas higienistas y habitacionales que algunos gobiernos debieron emprender como respuesta al crecimiento urbano en la primera década del siglo XX, especialmente en el marco de reivindicaciones cívicas promovidas en el Cono Sur. Todavía en el clima cultural y estilístico de la Bella Época, esos componentes funcionales se integraron con las nuevas búsquedas de diseño urbano y arquitectónico propiciadas por la expansión burguesa de las capitales y las celebraciones del centenario de la independencia republicana.

Pero la consolidación disciplinar debió esperar hasta los años 1920, cuando las visitas de luminarias foráneas realizó la producción de planes y proyectos urbanos para Buenos Aires y otras capitales, con poblaciones ya millonarias o de cientos de miles de habitantes. A diferencia del contexto europeo, donde la producción de leyes había dado carácter legal a la disciplina desde la primera década del siglo XX, la institucionalización del urbanismo latinoamericano principalmente se dio, con la excepción de México y Chile –que tempranamente desarrollaron plataformas nacionales– a través de las oficinas municipales encargadas de producir planes desde finales de los veinte, así como de universidades que inauguraban cursos.

Aunque profesionales de esos medios –de Contreras en México a Della Paolera en Argentina– contaban ya con la formación y experticia suficientes para acometer las crecientes tareas del urbanismo, se observó la tendencia a invitar famosos urbanistas extranjeros, bien fuera por razones políticas, de prestigio o contactos personales. Los visitantes representaron corrientes internacionales diversas que colorearon la modernidad urbanística latinoamericana, ayudando a desbrozar medios profesionales y académicos: Bouvard, Forestier, Agache y Rotival prolongaron las formas del academicismo francés, mientras que Le Corbusier, Hegemann y Brunner representaron tendencias más vanguardistas o tecnicistas. Todos ellos, sin embargo, pertenecían a un momento epistemológico del urbanismo entendido como gran diseño o propuesta de intervención espacial, sin mayor conexión con otras disciplinas sociales o técnicas, tal como aquél había nacido en la Europa de entre siglos.

Una concepción multisectorial y funcionalista de la disciplina se consolidaría después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el modernismo de los CIAM proveyera el

sustrato teórico y práctico para el tránsito de urbanismo a planificación, nuevamente bajo la égida de luminarias extranjeras: Corbusier, Meyer, Sert, Wiener, Violich y el segundo Rotival, entre otros que formaban parte de una comunidad internacional de consultores. Al igual que en el caso de sus antecesores, tales visitantes no fueron estrictamente necesarios desde el punto de vista profesional, aunque es innegable que también ayudaron a consolidar la incipiente plataforma de planificación, sobre todo a escala regional y nacional. Llegado principalmente por vía norteamericana, el funcionalismo de CIAM amalgamó diversas influencias metodológicas del *planning* emergente, con variantes que iban desde lo económico y social, hasta lo regional y sistémico, las cuales se fueron adicionando de diferente manera a los aparatos de planificación latinoamericanos. Tal mutación disciplinar se correspondió con un desplazamiento geopolítico, técnico y cultural de los polos de modernidad, de Europa a Estados Unidos, como también ocurría en otros dominios técnicos y culturales de los aparatos gubernamentales.

Después de la euforia desarrollista y de la sustitución de importaciones, una nueva relación entre ciencias sociales y planeamiento diagnóstico, ya para los años 1960, la desfasada relación entre industrialización, urbanización y modernización en Latinoamérica. En búsqueda de una relación más contextual y científicista plasmada ya en los estudios urbanos universitarios, la revisión del tránsito de urbanismo a planificación sería uno de los primeros capítulos a ser elaborados por la agenda de la historiografía urbana latinoamericana, tal como bien captaron, por ejemplo, los libros de Harth-terré y Randle. Mientras tanto, en el dominio de la práctica profesional urbanística, la invitación de luminarias extranjeras había dejado de ser moda en los gobiernos latinoamericanos, para ser sustituida por formas más corporativas de asesoría profesional, a través de equipos técnicos provenientes de universidades extranjeras y agencias de cooperación internacional. Pero ya eso constituye un episodio geopolítico y epistemológico diferente en la relación entre modernización y práctica urbanísticas, el cual convendría estudiar en otro artículo.

Bibliografía

- Almandoz, Arturo (2002): "Urbanization and Urbanism in Latin America: From Haussmann to CIAM". En: Almandoz, Arturo (ed.): *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950*. London/New York: Routledge, pp. 13-44.
- (2003): "El urbanismo: teorías, prácticas e historiografía en América Latina. Entrevista a Roberto Segre". En: *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, XXXV [Vol.], 135 [N.º], pp. 200-207.
- (2004): "Nueva historia y representación urbana: a la búsqueda de un corpus". En: *Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados. RELEA*, 20, pp. 55-92.
- (2004a): "The garden city in early twentieth-century Latin America". En: *Urban History*, 31 [Vol.], 3 [N.º], pp. 437-452.
- (2004b): "De la historia del arte, la arquitectura y el urbanismo en Latinoamérica. Entrevista a Ramón Gutiérrez". En: *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, Tercera Época, XXXVI [Vol.], 139 [N.º], pp. 243-252.
- (2006). "Urban planning and historiography in Latin America". En: *Progress in Planning*, 65 [Vol.], 2 [N.º], pp. 81-123.
- Berjman, Sonia (1998): *Plazas y parques de Buenos Aires: la obra de los paisajistas franceses. André, Courtois, Thays, Bouvard, Forestier, 1860-1930*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires/Fondo de Cultura Económica.

- Beyhaut, Gustavo y Helène (1985): *Historia universal Siglo XXI. América Latina. III. De la independencia a la segunda guerra mundial*. México, D. F.: Siglo Veintiuno Editores, Vol. 23.
- Brunner, Karl H. (1939-1940): *Manual de Urbanismo*. Bogotá: Imprenta Municipal, 2 Vols.
- Choay, Françoise (1983): "Pensées sur la ville, arts de la ville". En: Maurice Agulhon (ed.): *Histoire de la France urbaine. La ville de l'âge industriel. Le cycle haussmannien*. Paris: Seuil, Vol. IV, pp. 158-271.
- Collins, Christiane (1995): "Urban Interchange in the Southern Cone: Le Corbusier (1929) and Werner Hegemann (1931) in Argentina". En: *Journal of the Society of Architectural Historians*, 54 [Vol.], 2 [N.º], pp. 208-227.
- Conferencias Internacionales Americanas* (1938). Washington: Dotación Carnegie para la Paz Internacional, Vol. I: 1889-1936.
- Davis, Kingsley (1982): "La urbanización de la población mundial". En: *La ciudad*. Madrid: Scientific American/Alianza Editorial, pp. 11-36.
- Duverger, Heriberto (1994): "El maestro francés del urbanismo criollo para La Habana". En: Leclerc, Benedicte (ed.): *Jean Claude Nicolas Forestier, 1861-1930. Du Jardin au Paysage Urbain*. Paris: Picard, pp. 221-240.
- Foucault, Michel (1992 [1969]): *L'archéologie du savoir*. Paris: Gallimard.
- Fraser, Valerie (2000): *Building the New World. Studies in Modern Architecture of Latin America 1930-1960*. London/New York: Verso.
- Goodwin, Philip (1943): *Brazil Builds: Architecture Old and New, 1652-1942./Construção brasileira: arquitetura moderna e antiga 1642-1942*. New York: Museum of Modern Art.
- Gorelik, Adrián (2005). *Das vanguardas a Brasília. Cultura urbana e arquitetura na América Latina*. Belo Horizonte: Editora UFMG.
- Gutiérrez, Ramón (1995): "Modelos e imaginarios europeos en urbanismo americano 1900-1950". En: *Revista de Arquitectura*, 8, pp. 2-3.
- Hardoy, Jorge E. (1988): "Teorías y prácticas urbanísticas en Europa entre 1850 y 1930. Su traslado a América Latina". En: Hardoy, Jorge E./Morse, Richard M. (comps.): *Repensando la ciudad de América Latina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano (GEL), pp. 97-126.
- (1991). "La situazione delle città latino-americane: analisisi e soluzioni. La formassione di professionisti". En: Giorgio Piccinato (ed.): *Città, territorio e politiche di piano in America Latina*. Milano: Franco Angeli, pp. 137-156.
- Harris, Walter D. Jr. (1971): *The Growth of Latin American Cities*. Athens, Ohio: Ohio University Press.
- Harth-terré, Emilio (1961): *Filosofía en el urbanismo*. Lima: Editorial Tierra y Arte.
- Hauser, Philip M. (ed.) (1967 [1962]): *La urbanización en América Latina*. Buenos Aires: Solar, Hachette.
- Hebbert, Michael (2004): "Town Planning versus Urbanismo". En: *11th Conference of the International Planning History Society (IPHS). Planning Models and the Culture of Cities*. Barcelona: IPHS, pp. 89-98.
- Hitchcock, Henry-Russell (1955): *Modern Architecture in Latin America since 1945*. New York: Museum of Modern Art.
- Hofer, Andreas (2003): *Karl Brunner y el urbanismo europeo en América Latina*. Bogotá: El Áncora Editores/Corporación La Candelaria.
- Leme, María C. da Silva (1999): "A formação do pensamento urbanístico no Brasil, 1865-1965". En Leme, Maria C. da Silva (ed.): *Urbanismo no Brasil, 1895-1965*. São Paulo: FUPAM/Studio Nobel, pp. 20-38.
- Pavez, María I. (1992): "Precursores de la enseñanza del urbanismo en Chile. Período 1928-1953". En: *Revista de Arquitectura*, 3, pp. 2-11.
- Pereira, Margareth da Silva (2003): "Notas sobre Urbanismo no Brasil: construções e crises de um campo disciplinar". En: Pinheiro Machado, Denise B./Pereira, Margareth da Silva/Cou-

- tinho, Rachel (eds.): *Urbanismo em Questão*. Rio de Janeiro: Prourb/Universidade Federal de Rio de Janeiro/CNPq, pp. 55-83.
- Pérez Oyarzun, Fernando (1991): "Le Corbusier y Sudamérica en el viaje del 29". En: Pérez Oyarzún, Fernando (ed.): *Le Corbusier y Sudamérica, viajes y proyectos*. Santiago de Chile: Escuela de Arquitectura, Pontificia Universidad Católica de Chile, pp. 15-41.
- Pineo, Ronn/Baer, James A. (1998): "Urbanization, the Working Class and Reform". En: Pineo, Ronn/Baer, James A. Baer (eds.): *Cities of Hope. People, Protests and Progress in Urbanizing Latin America, 1870-1930*. Boulder: Westview Press, pp. 258-274.
- Potter, Robert B./Lloyd-Evans, Sally (1998): *The City in the Developing World*. London: Longman.
- Randle, Patricio H. (1968): *Qué es el urbanismo*. Buenos Aires: Columba.
- (1977): "Introducción". En: Della Paolera, Carlos M.: *Buenos Aires y sus problemas urbanos*. Buenos Aires: OIKOS, pp. 11-20.
- (1972): *Evolución urbanística*. Buenos Aires: Eudeba.
- Reissman, Leonard (1970): *The Urban Process. Cities in Industrial Societies* (1964). New York: The Free Press.
- Romero, José Luis (1984 [1976]): *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México, D. F.: Siglo Veintiuno.
- Rotival, Maurice (1964): "Planification et urbanisme". En: *Urbanisme*, 82-83, pp. 42-45.
- Sánchez Ruiz, Gerardo (s. f.): "El primer posgrado en planificación y urbanismo en México. Un desencuentro en la historia". En: <<http://concienciaenarquitectura.aztecaonline.net/urbanismo>> (2004).
- Scarpaci, Joseph/Segre, Roberto/Coyula, Mario (2002): *Havana. Two Faces of the Antillean Metrópolis*. Chapel Hill/London: The University of North Carolina Press.
- Sutcliffe, Anthony (1981): *Towards the Planned City: Germany, Britain, the United States and France, 1780-1914*. Oxford: Blackwell.
- Torre, Susana (2002): "Teaching Architectural History in Latin America: The Elusive Unifying Architectural Discourse". En: *Journal of the Society of Architectural Historians*, 61 [Vol.], 4 [N.º], pp. 549-556.
- United Nations Centre for Human Settlements (HABITAT) (1996): *An Urbanizing World. Global Report on Human Settlements*. Oxford: Oxford University Press.
- Violich, Francis (1944): *Cities of Latin America. Housing and Planning to the South*. New York: Reinhold Publishing Corporation.
- (1975): "Caracas: Focus of the New Venezuela". En: Elredge, H. Wentworth (ed.): *World Capitals. Towards Guided Urbanization*. New York: Anchor Press/Doubleday, pp. 246-292.
- Williamson, Edwin (1992): *The Penguin History of Latin America*. London: Penguin Books.
- Wilson, Charles Morrow (1972): *Ambassadors in White. The Story of American Tropical Medicine* (1942). New York: Kenikat Press.